

Redención en Sajalín – Cieza Novoa

Los genocidas no le temen a la muerte. O, al menos, eso cree todo el mundo. Para la mayoría, un asesino es un desalmado, un psicópata que no comprende lo que significa el final de la existencia. Un criminal de guerra como Nikolái Sukhanov tenía que ser un monstruo sin corazón, de otra manera no habría pulsado el botón que mató a millones treinta años atrás.

Esos eran los pensamientos que atormentaban al joven Alexéi, el monje al que habían enviado a Sajalín desde Moscú para escuchar la última voluntad del exiliado moribundo. Cuando llegó a su destino, se encontró en medio de la noche, frente a una estructura de piedra blanquecina sobre un risco atrapado entre los rugidos del mar. Seguramente, ese edificio habría servido como faro, pero ahora parecía más bien una prisión. El hielo cubría la pasarela hasta la torre. El viento gélido amenazaba con incendiar sus pulmones ya cargados de ansiedad. Al llegar a la entrada, se agarró la cruz bajo la sotana en busca de una fuente de confianza y llamó a la puerta mientras un escalofrío le sacudía los huesos.

— Adelante, Padre —contestó una voz débil en el interior.

El joven abrió la puerta, desconcertado. Se encontró con una sala acogedora, iluminada con multitud de velas y candelabros, la chimenea emanaba un calor agradable. Sobre la cama se encontraba el enfermo arropado. No era, en absoluto, como Alexéi había imaginado. Quizá esperaba a un hombre fornido e imponente, con cicatrices por todo el cuerpo, con una mirada vacía de sentimiento. Nada más lejos de la realidad. Se trataba de un anciano normal y corriente, ataviado con un camisón blanco, con el cabello gris y un par de ojos azules como zafiros bajo las gafas de lectura. De repente, algo le rodeó la pierna al joven, lo que le hizo brincar del susto.

— Murka, no asistes al muchacho —rio Sukhanov. Alexéi miró hacia abajo y vio a un gato naranja con el pelo muy largo, que estaba restregándose por sus pantorrillas a modo de bienvenida—. Discúlpala, no solemos tener muchos invitados por aquí.

— No se preocupe, señor Sukhanov, es solo que me ha pillado por sorpresa —replicó Alexéi, aún con un nudo en la garganta.

— Por favor, siéntete como en casa. Y llámame Kolya, si eres tan amable, no quiero formalidades con la última persona con la que voy a hablar antes de morir. ¿Quieres un té? Solo te quedarás esta noche, ¿verdad?

El monje se dio cuenta de que no se había movido desde su entrada triunfal. Se apresuró a colgar su abrigo en el perchero de la entrada y a dejar su equipaje en el suelo. No entendía nada. ¿Quién era aquel hombre? ¿Dónde estaba el monstruo que le habían prometido? Se suponía que había llegado hasta allí para servir a Dios ayudando a aquel hombre a recibir el perdón divino, no para tomar té con un abuelito. El chico tomó asiento junto a la cama, se tomó un momento para cuadrar los hombros en el respaldo antes de contestar.

— Así que... ¿le gustaría confesarse? —preguntó el joven con suavidad.

Sukhanov dejó escapar una risita breve mientras removía la cucharilla de azúcar en su taza de té. Se le formaron unas arrugas alrededor de los ojos al sonreír.

— No exactamente —respondió. Al ver que el muchacho alzaba las cejas invitándolo a que continuara, confesó—. En realidad, nunca he sido creyente, me temo que no tengo ese consuelo. De modo que no iré al infierno porque no existe tal cosa.

La tensión entre ambos se volvió insoportable. La convicción con la que había pronunciado aquellas palabras asustó al joven. El silencio se prolongó demasiado y Alexéi sintió sus mejillas arder de indignación.

— ¿Cómo se atreve? ¿Es que no se da cuenta de lo que esto significa para mí? Me ha hecho cruzar todo el continente, abandonar el monasterio y prepararme para demostrarle al obispo mi determinación... Todo para que resulte un engaño. Un capricho.

— Lo siento, chico. Estoy solo, llevo décadas sin tener una conversación real con nadie. Pensé que... alguien como tú, alguien con fe, con compasión, podría entenderme. Creí que tú no me juzgarías.

La sentencia de Kolya caló hondo en Alexéi. Desvió la mirada del hombre para observar a la gata durmiendo junto a la chimenea, ajena al drama que se apropiaba de la estancia.

— No mentí del todo. Sí que tengo una última voluntad— añadió de repente, su voz era apenas un susurro—. Cuida de ella, Padre, es lo único que me queda. Mi mujer me abandonó, mis hijos me odian. No sé nada de ellos, ni siquiera sé si ahora soy abuelo. Hice lo correcto, seguía órdenes, si no lo hubiera hecho, habría muerto yo. Lo entiendes, ¿verdad?

Alexéi sintió que algo se quebraba en su interior. Pensó en el absurdo de la situación, un temido criminal de guerra pidiéndole que cuidara de su gata. Tenía que ser una broma. Aun así, la mirada expectante del anciano hizo que las lágrimas amenazaran con invadir sus ojos. Quizás no fuera culpa suya. Era imposible. Aquel hombre dulce y honrado no podía ser un asesino.

— Cuidaré de Murka. Se lo prometo.

La complicidad del momento hizo que el monje se olvidara por completo del miedo que había sentido hacía tan solo unos minutos. Alargó el brazo para acariciarle la mano al hombre que había temido conocer. Solo era un humano, al fin y al cabo, merecía piedad.

— ¿Crees que soy una mala persona? ¿Tú no habrías hecho lo mismo en mi lugar?

Kolya murió en silencio, al amanecer. Sus últimas preguntas se le clavaron como espinas. El joven viajaba en el barco de regreso, surcando las gélidas olas del mar de Ojotsk.

Hojeaba un viejo diario hallado entre las pertenencias de Sukhanov, no encontró remordimiento, tan solo justificaciones desesperadas a sus actos. En la última página, había una frase escrita con trazo firme que decía: «Incluso los verdugos necesitamos a alguien que nos llore». Alexéi cerró el cuaderno y alzó la vista al horizonte, esperando que el mar contestara por él.